

GEORGES BATAILLE / PIERRE KLOSSOWSKI / ROGER CAILLOIS
ANDRÉ MASSON / JEAN WAHL / JULES MONNEROT / JEAN ROLLIN

Bataille, Georges
Acéphale / Georges Bataille;
Pierre Klossowski; Roger Caillois;
con prólogo de: Margarita Martínez
1a ed. - Buenos Aires: Caja Negra, 2005.
184 p. ; 20x14 cm. [Numancia]
Traducido por: Margarita Martínez

ISBN 987-22492-1-0

1. Filosofía. I. Klossowski, Pierre II. Caillois, Roger III.
Martínez, Margarita, prolog.
IV. Martínez, Margarita, trad. V. Título
CDD 100

© 2005, Caja negra editora.

Caja negra editora
Buenos Aires / Argentina
cajanegra@gmail.com
www.cajanegraeditora.com.ar

Diseño: Sofía Durrieu / Juan Marcos Ventura

Corrección: Julia Hacker / Javier San Esteban

Impreso en Argentina / Printed in Argentina

ACÉPHALE

RELIGIÓN / SOCIOLOGÍA / FILOSOFÍA

1936
1939



Traducción y prólogo / Margarita Martínez



En cuanto a lo que escuchaba en este oráculo, lo tenía por sabiduría inmortal y digno de interpretación eterna, de efecto ilimitado en el porvenir lejano, a semejanza de los discursos proféticos de la Sibila. Hay suficiente para la humanidad que habría de llegar más tarde, en tanto que quiera solamente interpretar, como sentencia oracular, lo que él, como el dios de Delfos, "ni expresó ni calló". Y aunque su sentencia sea anunciada "sin sonrisa, sin ornamento ni perfume", sino más bien "con una boca espumante", es preciso que se perpetúe en los milenios del porvenir. Porque el mundo tiene eternamente necesidad de la verdad, tiene eternamente necesidad de Heráclito, aunque Heráclito no tenga en lo más mínimo necesidad él mismo. ¿Qué le importa a él su gloria?

La gloria en "¡los mortales en devenir perpetuo!", exclamaba con ironía. Su gloria concierne sin duda a los humanos, no le interesa a él mismo: la inmortalidad de los humanos tiene necesidad de él, y no él mismo de la inmortalidad del hombre Heráclito. Lo que supo ver, la doctrina de la ley en el devenir y del juego en la necesidad, debe desde entonces ser visto eternamente: ha levantado el telón del mayor entre todos los espectáculos.

PROPOSICIONES

Georges Bataille

Quando Nietzsche esperaba ser comprendido después de cincuenta años, no podía entender esto solamente en sentido intelectual. Aquello por lo cual vivió y se exaltó exige que la vida, la alegría y la muerte sean puestas en juego, y no la atención fatigada de la inteligencia. Esto debe simplemente ser enunciado con la conciencia de comprometerse. Lo que ocurre profundamente en la transvaloración de los valores, de manera decisiva, es la tragedia misma: no queda demasiado lugar para el deseñso. Que lo esencial para la vida humana sea exactamente objeto de horrores repentinos, que esta vida sea llevada, en la risa, al colmo

de la alegría por lo que ocurre de más degradante, tales cosas extrañas colocan a lo que acontece de humano en la superficie de la Tierra en las condiciones de un combate mortal: ubican al encadenamiento de la verdad reconocida en la necesidad de quebrar para "existir". Pero es vano y está de más dirigirse a aquellos que no disponen más que de una atención fingida: el combate siempre fue un emprendimiento más exigente que los otros. En este sentido se vuelve imposible retroceder frente a una comprensión consecuente de la enseñanza de Nietzsche, hacia un desarrollo lento en el que nada puede ser dejado en la sombra.

1. PROPOSICIONES SOBRE EL FASCISMO

1. "La organización más perfecta del Universo se puede llamar Dios." El fascismo, que recompone la sociedad a partir de elementos existentes, es la forma más cerrada de la *organización*, es decir, la existencia humana más cercana al Dios eterno.

En la revolución social (pero no en el estalinismo actual), la descomposición alcanza por el contrario su punto extremo.

La existencia se sitúa constantemente en las antípodas de dos posibilidades igualmente ilusorias: es "*ewige Vergottung und Entgottung*", "una eterna integración que diviniza (que convierte en Dios) y una eterna desintegración que aniquila a Dios en ella misma".

La estructura social destruida se recompone desarrollando lentamente en ella una aversión por la descomposición inicial.

La estructura social recompuesta —luego de un fascismo o de una revolución negadora—, paraliza el movimiento de la existencia, que exige una desintegración constante. Las grandes construcciones unitaristas no son más que los preámbulos de un desencadenamiento religioso que conducirá el movimiento de la vida más allá de la necesidad servil.

El encanto, en el sentido tóxico del término, de la exaltación nietzscheana proviene de que desintegra la vida llevándola al colmo de la voluntad de poder y de la ironía.

2. El carácter sucedáneo del individuo en relación con la comunidad es una de las raras evidencias que surgen de las investigaciones históricas. La persona toma prestados de la comunidad unitaria su forma y su ser. Las crisis más opuestas desembocaron ante nuestros ojos en la formación de comunidades unitarias semejantes: no había entonces allí ni enfermedad social ni regresión; las sociedades volvían a encontrar su modo de existencia fundamental, su

1. *La voluntad de poder*, § 712 (*Œuvres Complètes*, Leipzig, 1908, tomo XVI, p. 170).

estructura de todos los tiempos, tal como se había formado o reformado en las circunstancias económicas o históricas más diversas.

La protesta de los seres humanos contra una ley fundamental de su existencia sólo puede tener, evidentemente, una significación limitada. La democracia que descansa sobre un equilibrio precario entre las clases no es quizás otra cosa que una forma transitoria; no sólo trae consigo las grandezas sino también las pequeñeces de la descomposición.

La protesta contra el unitarismo no tiene lugar necesariamente en un sentido democrático. No está necesariamente hecha en nombre de un *más acá*; las posibilidades de la existencia humana pueden de ahora en más ser situadas *más allá* de la formación de sociedades *monocefalas*.

3. Reconocer el corto alcance de la cólera democrática (en gran parte privada de sentido a partir del hecho de que los estalinismos la compartan) no significa en ninguna medida la aceptación de la comunidad unitaria. Estabilidad relativa y conformidad con la ley natural no confieren en ningún caso a una forma política la posibilidad de detener el movimiento de ruina y de creación de la historia, y todavía menos de satisfacer de una vez las exigencias de la vida. Todo lo contrario, la existencia social cerrada y ahogada está condenada a la condensación de fuerzas de explosión decisivas, lo cual no es realizable en el interior de una sociedad democrática. Pero sería un error grosero imaginar que un impulso explosivo tenga como única finalidad, e incluso simplemente como finalidad necesaria, la destrucción de la cabeza y de la estructura unitaria de una sociedad. La formación de una estructura nueva, de un "orden" que se desarrolle a través de la tierra entera y la someta, es el único acto liberador real y el único posible, porque la destrucción revolucionaria es seguida con regularidad por la reconstitución de la estructura social y de su cabeza.

4. La democracia reposa sobre una neutralización de los antagonismos relativamente débiles y libres; excluye toda condensa-

ción explosiva. La sociedad monocéfala resulta del libre juego de las leyes naturales del hombre, pero cada vez que es formación secundaria, representa una atrofia y una esterilidad de la existencia aplastantes.

La única sociedad repleta de vida y de fuerza, la única sociedad libre, es la sociedad *bi* o *policéfala*, que ofrece a los antagonismos fundamentales de la vida una salida explosiva constante, pero limitada a las formas más ricas.

La dualidad o la multiplicidad de las cabezas tiende a realizar en un mismo movimiento el carácter *acéfalo* de la existencia, porque el mismo principio de la cabeza es reducción a la unidad, *reducción* del mundo a Dios.

5. "La materia inorgánica es el seno materno. Ser liberado de la vida es convertirse en *verdadero*; es concluirse. El que comprendiera esto consideraría como una fiesta el hecho de volver al polvo insensible."²

"Concederle igualmente la percepción al mundo inorgánico; una percepción absolutamente precisa, ¡allí reina la 'verdad'! La incertidumbre y la ilusión comienzan con el mundo orgánico."³

"Pérdida en toda especialización: la naturaleza sintética es la naturaleza superior. Ahora bien, toda vida orgánica es ya una especialización. El mundo inorgánico que se encuentra detrás de ella representa la mayor síntesis de fuerzas; por esta razón parece digno del mayor respeto. Allí el error, la limitación de perspectiva no existen."⁴

2. Véase Andler, *Nietzsche, sa vie et sa pensée* [Nietzsche, su vida y su pensamiento], tomo VI. París, NRF, 1931, p. 307, y *Œuvres Posthumes*, Époque de *Gai Savoir* [La Era Ciencia], 1881-1882, § 497 y § 498 (*Œuvres Complètes*, Leipzig, 1901, tomo XII, pág. 228).

3. *Œuvres Posthumes*, 1883-1888 (*Œuvres Complètes*, Leipzig, 1903, tomo XIII, p. 220); traducción francesa en *Œuvres Posthumes*, París, Mercure, 1934, p. 140, § 332.

4. *Ibidem*, misma página, traducción francesa, § 333.

De estos tres textos, el primero resume a Nietzsche y los otros dos forman parte de sus escritos póstumos. Revelan al mismo tiempo las condiciones de esplendor y de miseria de la existencia. Ser libre significa no ser función. Dejar que la vida se encierre en una función es dejar que la vida se castre. La cabeza, autoridad conciente o Dios, representa la unidad de las *funciones serviles* que se ofrece y se toma a sí misma como un fin, en consecuencia, es la que debe ser objeto de la aversión más profunda. Es limitar el alcance de esta aversión utilizarla solamente como el principio de lucha contra los sistemas políticos unitarios; pero se trata de un principio fuera del cual tal lucha no es más que una contradicción interior.

2. PROPOSICIONES SOBRE LA MUERTE DE DIOS

6. El *acéfalo* expresa mitológicamente la soberanía consagrada a la destrucción, la muerte de Dios, y en esto la identificación con el hombre sin cabeza se compone y se confunde con la identificación con lo sobrehumano que ES por completo "muerte de Dios".

7. Superhombre y *acéfalo* están unidos con igual brillo a la posición del tiempo como objeto imperativo y libertad explosiva de la vida. En uno y otro caso, el tiempo se convierte en objeto de éxtasis e implica en segundo término que aparezca como "eterno retorno" en la visión de Surlej o como "catástrofe" (*Sacrificios*) o incluso como "tiempo-explosión": es entonces tan diferente del tiempo de los filósofos (incluso del tiempo heideggeriano) como el cris-to de las santas eróticas lo es del Dios de los filósofos griegos. El movimiento dirigido hacia el tiempo entra de pronto en la existencia concreta, mientras que el movimiento hacia Dios se desviaba de ella durante el primer período.

8. El tiempo extático no puede encontrarse más que en la visión de las cosas que el azar pueril hace sobrevenir bruscamente: cádáveres, desnudeces, explosiones, sangre derramada, abismos, estallido del sol y del trueno.

9. La guerra, en la medida en que es voluntad de asegurar la perennidad de una nación, la nación que es soberanía y exigencia de inalterabilidad, la autoridad de derecho divino y Dios mismo representan la obstinación desesperada del hombre por oponerse al poder exuberante del tiempo y encontrar la seguridad en una erección inmóvil y cercana al sueño. La existencia nacional y militar están presentes en el mundo para intentar negar la muerte reduciéndola a uno de los componentes de una gloria sin angustia. La nación y el ejército separan profundamente al hombre de un universo librado al gasto perdido y a la explosión incondicional de sus partes: profundamente, al menos en la medida en que las precarias victorias de la avaricia humana son posibles.

10. La Revolución no debe ser considerada solamente en sus circunstancias concientes y abiertamente conocidas, sino en su apariencia brutal, sea la obra de puritanos, de enciclopedistas, de marxistas o de anarquistas. La Revolución en su existencia histórica significativa, que domina todavía a la civilización actual, se manifiesta a ojos de un mundo mudo de miedo como la explosión repentina de motines sin límites. La autoridad divina, por obra de la Revolución, deja de fundar el poder: la autoridad no pertenece más a Dios sino al tiempo, cuya exuberancia libre condena a los reyes a la muerte, al tiempo encarnado hoy en el tumulto explosivo de los pueblos. En el fascismo mismo, la autoridad se redujo a fundarse sobre una pretendida revolución, homenaje hipócrita y obligado a la única autoridad que se imponía, la del cambio catastrófico.

11. Dios, los reyes y su secuela se interpusieron entre los hombres y la Tierra de la misma manera que el padre frente al hijo

es un obstáculo para la violación y la posesión de la Madre. La historia económica de los tiempos modernos está dominada por la tentativa épica, pero decepcionante, de los hombres que se encarnizan en arrancar su riqueza a la Tierra. La Tierra fue vaciada, pero del interior de su vientre lo que los hombres extrajeron fue antes que nada el hierro y el fuego, con los cuales no dejan de destriparse entre sí. La incandescencia interior de la Tierra no explota solamente en el cráter de los volcanes: enrojece y escupe la muerte con sus humaredas en la metalurgia de todos los países.

12. La realidad incandescente del vientre materno de la Tierra no puede ser tocada ni poseída por quienes la desconocen. El desconocimiento de la Tierra, el olvido del astro sobre el cual viven, la ignorancia de la naturaleza de las riquezas, es decir, de la incandescencia que está encerrada en el astro, hicieron del hombre una existencia a merced de las mercancías que produce, y cuya parte más importante está consagrada a la muerte. En tanto los hombres olviden la verdadera naturaleza de la vida terrestre que exige la embriaguez extática y el estallido, esta naturaleza no podrá ser objeto de la atención de los contadores y de los economistas de cualquier partido, más que abandonándolos a los resultados más definitivos de su contabilidad y de su economía.

13. Los hombres no saben disfrutar libremente y con prodigalidad de la Tierra y sus productos: la Tierra y sus productos no se prodigan y no se liberan sin medida más que para destruir. La guerra languideciente, tal como lo ha ordenado la economía moderna, enseña también el sentido de la Tierra, pero lo enseña a renegados cuya cabeza está repleta de cálculos y de consideraciones de corto alcance, y ésta es la razón por la cual lo enseña con una ausencia de corazón y una rabia deprimentes. En el carácter desmesurado y desgarrador de la catástrofe sin objetivo que es la guerra actual, nos es sin embargo posible reconocer la inmensidad explosiva del tiempo: la Tierra-madre sigue siendo la vieja divinidad trónica, pero con las

multitudes humanas hace también desmoronarse al dios del cielo en un clamor sin fin.

14. La búsqueda de Dios, de la ausencia de movimiento, de la *tranquilidad*, es el temor que hizo entrar en la *sombra* toda tentativa de comunidad universal. El corazón del hombre no está inquieto solamente hasta el momento en el que descansa en Dios: la universalidad de Dios sigue siendo todavía, para él, una fuente de inquietud y el apaciguamiento no se produce más que si Dios se deja encerrar en el aislamiento y en la permanencia profundamente inmóvil de la existencia militar de un grupo. Porque la existencia universal es ilimitada y por ello sin reposo: no encierra la vida sobre sí misma sino que la abre y la vuelve a arrojar en la inquietud del infinito. La existencia universal, eternamente inacabada, acéfa-la, un mundo semejante a una herida que sangra, que crea y que destruye sin cesar a los seres particulares finitos: es en este sentido que la verdadera universalidad es la muerte de Dios.

N I E T Z S C H E Y LA MUERTE DE DIOS

NOTA A PROPÓSITO DE *NIETZSCHE*, DE JASPERS¹

Jean Wahl

I INMANENCIA Y VOLUNTAD DE INMANENCIA

Así como otros filosofaron en presencia de la divinidad, Nietzsche lo hizo, si así puede decirse, en presencia de la ausencia de divinidad, y esto es sin duda más terrible. Kierkegaard está "frente a Dios": Nietzsche está frente al cadáver descompuesto de Dios. Lo que es más, mientras Kierkegaard piensa que Dios quiere mi muerte, Nietzsche piensa que el hombre debe querer siempre y sin cesar la muerte de Dios. Esta muerte no es solamente un hecho, es la acción de una voluntad. Para que el hombre sea verdaderamente grande, verídico, creador, hace falta que Dios esté muerto, que Dios sea asesinado, que esté ausente. Al privar al hombre de Dios, le doy el inmenso don que es la soledad perfecta, al mismo tiempo que la posibilidad de la grandeza y la creación.

1. Karl Jaspers, *Nietzsche, Einführung in das Verstaendnis seines Philosophierens* [*Nietzsche, en dirección a la comprensión de su filosofar*], Berlín, 1936. Sobre esta obra encontraremos un resumen más general en el texto "Dos interpretaciones recientes de Nietzsche", en este mismo número.

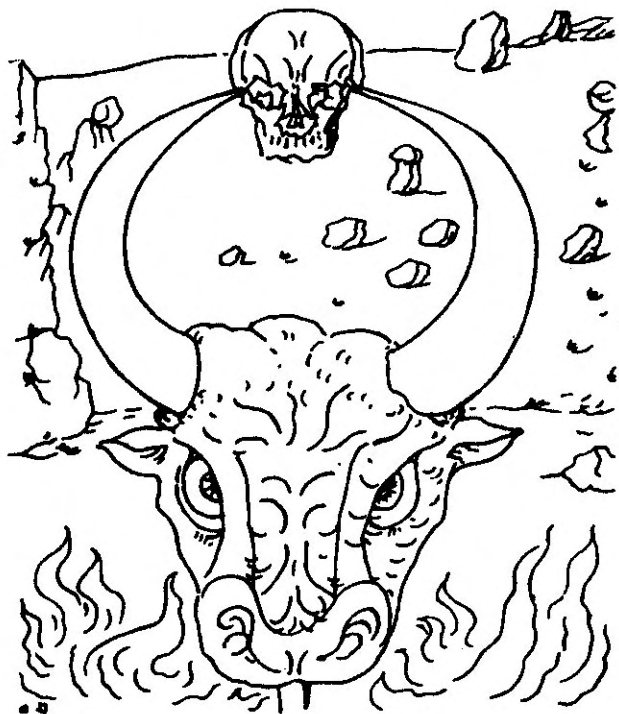
CRÓNICA

NIETZSCHEANA¹

Georges Bataille

La crisis actual es la misma que amenazaba a la naturaleza humana cuando se estableció el cristianismo.

*Benjamin Constant*²



1. Continuación del texto publicado en el número de enero bajo el título *Nietzsche y los fascistas*. Esta crónica será continuada.

2. Esta representación cíclica de la historia es en realidad la representación corriente. Chateaubriand, Vigny, George Sand, Renan, se expresaron en igual sentido en relación con el cristianismo. Engels desarrolló ampliamente el principio de la similitud de los primeros textos del cristianismo y del siglo XIX ("Contribution à l'histoire du christianisme primitif" ["Contribución a la historia del cristianismo primitivo"], en *Religion, Philosophie, Socialisme*, traducción francesa de 1901). Nietzsche se consideraba como el Anticristo, y veía en el momento en que vivía una cumbre de la historia al representarse igualmente un curso cíclico de las cosas. Pero para Nietzsche había en un cierto sentido un retorno al mundo que Sócrates y el cristianismo habían destruido (véase la reseña del libro de Löwith en *Acéphale* 2). Es de lamentar que la concepción cíclica de la historia no haya sido considerada por el ocultismo y por Spengler. Podrá tomar cuerpo sin embargo desde el momento en que sea establecida sobre un principio simple y evidente. Se ligará necesariamente a UNA INTERPRETACIÓN SOCIOLOGICA DE LA HISTORIA, sociológica, es decir, alejada igualmente del materialismo económico y del idealismo moral.

EL APOGEO DE LA CIVILIZACIÓN ES UNA CRISIS

EL APOGEO DE LA CIVILIZACIÓN ES UNA CRISIS QUE DESAGREGA LA EXISTENCIA SOCIAL.

Cada vez que se desarrolla un vasto movimiento de la civilización, en Egipto o en el mundo grecorromano, en China o en Occidente, los valores que habían reunido a los hombres en la aurora de cada fermentación, las personas, los actos, los lugares, los nombres y las leyes tabúes o sagradas perdieron lentamente, al menos en su conjunto³, una parte de su fuerza eficaz y de su capacidad de imposición. El simple hecho del movimiento era en sí mismo descomposición y, en este sentido, el término civilización puede ser dado como sinónimo de enfermedad o de crisis. Los dos sentidos, pasivo y activo, del término *crítica* —lo cuestionado y lo que pone en cuestión— dan cuenta con claridad suficiente de la identificación que debe hacerse entre civilización en desarrollo y crisis. Desde el aspecto pasivo, hay crisis de las convenciones —soberanía real o divina—, que constituyen los fundamentos de la agregación humana; y del lado activo, una actitud crítica *individual* con respecto a estas convenciones: el individuo se desarrolla de este modo de manera corrosiva a expensas de la sociedad, y la vida individual facilitada toma a veces una significación dramática. La figura de la comunidad viiente pierde poco a poco el aspecto trágico, a la vez pueril y terrible, que alcanzaba a cada ser hasta en su herida más secretamente desgarrada; pierde el poder de provocar la emoción religiosa total que crecía hasta la embriaguez extática cuando la existencia se le abría ávidamente.

Pero como la organización material que se ha desarrollado exige la conservación de la cohesión social, ésta se mantiene por todos los

3. Las compensaciones continuas no pueden impedir que la pendiente sea descendente.

medios de los que disponen los principales beneficiarios: cuando la pasión común no es lo suficientemente grande como para componer las fuerzas humanas, se hace necesario servirse de la constricción y desarrollar las combinaciones, las transacciones y las falsificaciones que recibieron el nombre de política. Los seres humanos, a la vez que se convierten en autónomos, descubren alrededor de ellos un mundo falso y vacío. Al sentimiento fuerte y doloroso de la unidad comunitaria sucede la conciencia de ser engañados por la impudicia administrativa, por los agentes policiales y de los cuarteles; también, por los despliegues de suficiencia y de estupidez individuales que son aterradores. Los resultados inmensos de largos siglos de esfuerzos, de prodigiosas conquistas militares o materiales siempre abrieron a las poblaciones conquistadoras, se trate de occidentales, egipcias o romanas⁴, el acceso a un mundo fallido, decepcionante, deprimido por crisis interminables. Es en medio de un malestar extremo y de una confusión donde todo parece vano y casi desastroso, que crece la obsesión por

LA RECUPERACIÓN DEL MUNDO PERDIDO

La descomposición puede afectar al mismo tiempo la actividad económica, las instituciones de autoridad y los principios que fundan las actitudes morales y religiosas. Cuando las socie-

4. En la civilización egipcia, los valores individuales, nulos por así decir a principios del tercer milenio (en la época de las grandes pirámides) aparecen muy desarrollados ocho o diez siglos más tarde en una época de revoluciones sociales tendientes al nihilismo (véase a Moret, *Le Nil et la civilisation égyptienne* [*El Nilo y la civilización egipcia*], 1926, p. 251 y siguientes, p. 292 y siguientes); en la civilización occidental, como en la china, formas múltiples de soberanía en una sociedad feudal desembocan en una individualización monárquica que introduce una administración racional. Las formas y sucesiones de los hechos son diferentes en cada ciclo, pero la coincidencia de los problemas sociales, de la decadencia de los valores sacros y del enriquecimiento de la vida individual es constante; lo mismo ocurre con la recomposición que sigue a la crisis.

dades desagregadas buscan oscuramente volver a encontrar su cohesión, pueden incluso ser devastadas por la multiplicidad de tentativas inútiles: la fuerza brutal y la pedantería intelectual, igualmente ennegrecidas, encuentran en estas condiciones las puertas abiertas de par en par. La alegría excesiva y fisurada de las grandes calamidades puede entonces aliviar la existencia como un espasmo. Pero detrás de la fachada compuesta por las afirmaciones de la fuerza, de la razón y del cinismo, se abre el vacío y lo que continúa deja un lugar cada vez mayor a la sensación de que algo falta. La nostalgia de un mundo perdido reviste numerosas formas, y generalmente es asunto de cobardes, de quienes no saben más que gemir por lo que pretenden amar, de quienes evitan, o saben que no encontrarán, la posibilidad de COMBATIR. Detrás de la fachada, hay antes que nada depresión nerviosa, estallidos violentos y sin consecuencia, ensoñación estética y charlatanería. Que un hombre entre otros, en este mundo en donde la simple representación del acto se ha convertido en objeto de náusea, intente emprender el combate por la "recuperación del mundo perdido", y se hará el vacío alrededor de él; no encontrará más que la elusión infinita de todos aquellos que tomaron sobre sí la tarea del conocimiento y el pensamiento: porque es casi imposible imaginar a un hombre que piense sin tener la constante preocupación de eliminar del curso de sus reflexiones todo aquello que podría crisparlo y volverlo explosivo. Porque no podía confundir castración y conocimiento, y porque su pensamiento se abría a una explosión lúcida que no podía cesar antes de haber agotado sus fuerzas —convirtiéndose en el héroe de todo lo que humanamente no fue hecho servil—, Nietzsche se derrumbó en una soledad humillante. El destino de la vida humana, cuando se liga a lo más pesado que los hombres llevaron consigo, no conoció, quizás, un momento que justifique más perturbación que aquél en el que Nietzsche, solo, bajo el rayo de la locura, abrazó a un caballo en las calles de Turín.

LA SOLUCIÓN FASCISTA

Pero la conexión estrecha entre la voluntad de reencontrar la vida perdida y la depresión mental que debilita no es solamente la ocasión de fracasos trágicos: constituye una garantía contra las soluciones vulgares y fáciles cuyo éxito parece de entrada asegurado por exclusión de cualquier otro. Dado que se trata de volver a encontrar lo que antaño había existido y cuyos elementos están muertos o envejecidos, lo más simple es volver a otorgarle vida en circunstancias favorables a lo que subsiste. Es más fácil restaurar que crear, y como la necesidad de una cohesión social renovada puede ser sentida en ciertos momentos de la manera más apremiante, el primer movimiento de recomposición tiene lugar bajo la forma de un retorno al pasado. Los valores fundamentales más groseros, los más directamente *utilizables* son susceptibles, a lo largo de crisis agudas y odiosas, de retomar un sentido dramático que parece devolver un color real a la existencia común, en tanto que se trata, en conjunto, de una operación en la cual los valores afectivos que se ponen en juego son en gran parte *utilizados* con otros fines que ellos mismos. Es por medio de un ascenso que permite a la existencia caminar nuevamente erguida bajo el látigo de la dura necesidad que comienza⁵ LA RECOMPOSICIÓN DE LOS VALORES SAGRADOS. Los faraones restaurados, los Césares romanos y los jefes de los partidos revolucionarios que hoy hechizan a la mitad de los habitantes de Europa respondieron a la esperanza de fundar de nuevo la vida bajo un impulso irracional. Pero la suma de coacción necesaria para mantener construcciones impuestas con demasiada rapidez marca el carácter profundamente decepcionante de todo ello. En la medida en que persiste la nostalgia de una co-

5. Se sobreentiende que es imposible fijar exactamente la fecha en la cual comienza un proceso y que, en conjunto, las consideraciones del orden de las expuestas aquí no pueden tener un valor formal muy preciso. Lo mismo ocurre por otra parte con toda consideración que refiera a un dominio complejo.

122

munidad en la cual cada ser encontrase una mayor tensión trágica que en sí mismo, sólo en esa medida, la preocupación por la recuperación del mundo perdido, que jugó un rol en la génesis del fascismo, no tiene por resultado otra cosa que la disciplina militar y el apaciguamiento limitado que ofrece una brutalidad que destruye con rabia todo lo que no tiene el poder de seducir.

Ahora bien, lo que basta a una fracción que puede ser dominante, no es más que desgarramiento y engaño si se considera a toda la comunidad viviente de los seres. Esta comunidad no solicita una suerte similar a las diferentes partes que reúne, sino que exige tener como fin lo que une y se impone con violencia *sin alienar la vida*, sin conducirla a la repetición de actos castrados y de fórmulas morales exteriores. Los estallidos breves del fascismo, dirigidos por el miedo, no pueden engañar a una exigencia tan verdadera, tan arrebatada, tan ávida.

DEL CIELO CESARIANO A LA TIERRA DIONISIACA: LA SOLUCIÓN RELIGIOSA

Si uno se imagina ahora la obsesión que dominó la existencia de Nietzsche, parecerá evidente que esta obsesión común por el mundo perdido, que crece en la profunda depresión, se sigue necesariamente en dos direcciones opuestas. Las confusiones que tuvieron lugar entre dos respuestas al mismo vacío, las similitudes de apariencia entre el fascismo y Nietzsche, se volverán entonces claramente inteligibles; todo parecido se reducirá a los trazos de identidad que aparecen entre dos contrarios.

Entre las diversas oposiciones que mantienen la existencia de los hombres bajo la dura ley de Heráclito, no existe ninguna más verdadera ni más ineluctable que la que opone la Tierra al Cielo, a la "necesidad de castigar" las turbias exigencias de la tragedia; por un lado se combinan la aversión al pecado y la claridad del día, la gloria y la represión militar, la rígida imprescriptibili-

dad del pasado; por el otro, la grandeza pertenece a las noches propicias, a la pasión ávida, al sueño oscuro y libre: el poder se otorga al movimiento y, a través de ello, sean cuales fueren las numerosas apariencias, es arrancado del pasado, proyectado en las formas apocalípticas del porvenir; por un lado, una composición de fuerzas común adherida a una tradición estrecha —parental o racial— constituye una autoridad monárquica y se establece como un estancamiento y un límite infranqueable para la vida; por el otro, un lazo de fraternidad que puede ser ajeno al lazo de sangre se anuda entre hombres que deciden entre ellos las consagraciones necesarias; y el objeto de su reunión no tiene como objetivo una acción definida sino la existencia misma, LA EXISTENCIA, ES DECIR, LA TRAGEDIA.

Es cierto que no existe en el ámbito de lo humano ningún ejemplo en el que una forma real represente, a exclusión de la otra, una de las direcciones posibles de la vida: esas direcciones no son menos fáciles de develar y de describir. Oponen en conjunto el mundo cósmico y el mundo uranio de la Grecia mítica y, en las fases de recomposición de cada gran civilización, de una manera más clara todavía, oponen los movimientos propiamente religiosos, osiriano, cristiano o budista, a la reconstitución o al desarrollo del carácter sagrado del soberano militar.

Aquello que impidió percibir de entrada en la representación nietzscheana de los valores lo que la opone al eterno recommienzo de la monarquía militar —recomienzo que se produce con una regularidad vacía, sin jamás aportar renovación—, es la preocupación que Nietzsche mostró por señalar las diferencias más profundas no tanto entre el dionisismo y el nacionalsocialismo bismarckiano (que con todo derecho se puede considerar poco relevante) como entre el dionisismo y el cristianismo. Y la posibilidad de error es tanto mayor en la medida en que la crítica de las falsificaciones cristianas llevó a Nietzsche a vituperar toda renuncia al poder, introduciendo así una confusión entre el plano de la solidificación, el de la osificación militar y el de la libertad trágica.

ca. Y tanto mayor en la medida en que no puede tratarse de renunciar a una virilidad humana dolorosamente conquistada: el desprecio hacia las operaciones privadas de sentido humano del cesarismo no conducirá a la aceptación de los límites que estas operaciones pretenden imponer a la vida; un movimiento religioso que se desarrollara en el mundo actual no deberá ya parecerse al cristianismo o al budismo más que lo que el cristianismo y el budismo se parecen al politeísmo. Es en razón de esta desemejanza necesaria que Nietzsche apartaba con buen criterio el término mismo de *religión*, que se presta por sí solo a una confusión casi tan nefasta como la que se introdujo entre el dionisismo nietzscheano y el fascismo, y que no puede ser empleado en el mundo actual más que como desafío.

NIETZSCHE DIONISO

LA FASE CRÍTICA DE DESCOMPOSICIÓN DE UNA CIVILIZACIÓN ES SEGUIDA REGULARMENTE POR UNA RECOMPOSICIÓN QUE SE DESARROLLA EN DOS DIRECCIONES DIFERENTES: LA RECONSTITUCIÓN DE LOS ELEMENTOS RELIGIOSOS DE LA SOBERANÍA CIVIL Y MILITAR, QUE ENCADENA LA EXISTENCIA AL PASADO, ES SEGUIDA DE, O ESTÁ ACOMPAÑA POR, EL NACIMIENTO DE FIGURAS SAGRADAS Y DE MITOS, LIBRES Y LIBERADORES, QUE RENUEVAN LA VIDA Y HACEN DE ELLA "LO QUE TIENE LUGAR EN EL PORVENIR", "LO QUE NO PERTENECE MÁS QUE A UN PORVENIR".

La audacia nietzscheana que quiere para las figuras que compone un poder que no se incline frente a nada —que tiende a derrumbar el edificio de prohibición moral de la vieja soberanía—, no debe confundirse con aquello que combate. El maravilloso *KINDERLAND* nietzscheano no es nada menos que el lugar en donde el desafío planteado al *VATERLAND* de cada hombre adquiere un sentido que deja de ser una negación impotente. Es solamente después de Zaratustra que

podemos "PEDIR PERDÓN A NUESTROS HIJOS POR HABER SIDO LOS HIJOS DE NUESTROS PADRES"⁶. Las primeras frases del mensaje de Nietzsche proceden de "los mundos del *sueño* y la *embriaguez*". Ese mensaje se expresa por completo solamente a través del nombre de DIONISO. Cuando Nietzsche hizo de DIONISO, es decir, de la exuberancia destructiva de la vida, el símbolo de la voluntad de poder, expresaba por medio de ello una resolución de negar al romanticismo veleidoso y debilitante una fuerza que debe ser considerada como sagrada. Nietzsche exigía de aquellos que detentan los valores desgarradores de la tragedia que se convirtieran en dominadores: no que sufran la dominación de un cielo cargado con la necesidad de castigar.

Dios de la Tierra, DIONISO nació de los amores de Semele, la Tierra, con el dios del cielo, Zeus. El mito pretende que Semele, embarazada de Dioniso, habiendo deseado que Zeus se le presentase con los atributos de su poder, haya sido convertida en llamas y cenizas por el trueno y los rayos del cielo provocados imprudentemente. De este modo el dios habría nacido de un vientre fulminado.

A imagen de aquél que estaba ávido por *ser* hasta en su locura, Nietzsche nace de la tierra desgarrada por el fuego del Cielo, nace fulminado y por ello cargado con ese fuego de la dominación que se convierte en EL FUEGO DE LA TIERRA.

AL MISMO TIEMPO QUE LA FIGURA SAGRADA —NIETZSCHEANA— DE DIONISO TRÁGICO LIBERA LA VIDA DE LA SERVIDUMBRE, ES DECIR, DEL CASTIGO DEL PASADO, LA LIBERA TAMBIÉN DE LA HUMILDAD RELIGIOSA, DE LAS CONFUSIONES Y DE LA TORPEZA DEL ROMANTICISMO. EXIGE QUE UNA VOLUNTAD DESLUMBRANTE CONVIERTA A LA TIERRA EN LA DIVINA EXACTITUD DEL SUEÑO.

6. Así habló Zaratustra, Segunda Parte, "Del país de la civilización". El término alemán *Kinderland*, país de los niños, responde a *Vaterland*, patria, país de los padres, y no puede ser traducido con exactitud.

7. *El nacimiento de la tragedia*, § 1.

LA REPRESENTACIÓN DE NUMANCIA⁸

La oposición entre el Cielo y la Tierra dejó de tener un valor significativo común e inteligible en lo inmediato. Su manifestación se enfrenta con el deseo de la inteligencia que ya no sabe lo que tales antigüedades quieren decir, y que además se niega a admitir que las entidades mitológicas puedan tener en la actualidad, en un mundo saturado de ciencia, un sentido cualquiera. Pero si uno se remite a la realidad cotidiana, fue suficiente una circunstancia favorable para que hombres evidentemente alejados de toda locura entraran lúcidos en el mundo de los espíritus infernales; y no solamente los hombres sino las pasiones políticas vulgares que los animaban.

Cuando Marquino, avanzando bajo su manto, apela a lo que el mundo contiene de más sombrío, las figuras que invoca bajo nombres terribles... *aguas de la negra laguna...* dejan de ser representaciones vacías e impotentes. Porque en la agonía de Numancia, al interior de los muros y bajo la ladera desnuda de la sierra, lo que está allí es la Tierra: la Tierra que se abre para devolver el cadáver al mundo de los vivos, la Tierra que se abre a lo viviente que el delirio precipita en la muerte. Y por más que esta Tierra exhale el Furor y la Rabia, por más que aparezca en los gritos de los niños degollados por sus padres, de las esposas dego-

8. Esta tragedia de Cervantes fue representada en París en abril y mayo de 1937 por Jean-Louis Barrault. Es importante desde el punto de vista que aquí se desarrolla que Barrault se haya visto tomado por el sentido de la grandeza de la tragedia. Es más importante todavía que, para la composición de los decorados y las figuras, André Masson haya forjado un hechizo en el cual los temas esenciales de la existencia mítica vuelvan a encontrar todo su brillo. No se trata de considerar aquí aquello que corresponde a Cervantes o lo que corresponde a Masson en la figuración de dos mundos opuestos... El tema de *Numancia* es la guerra inexpiable que sostiene el general romano Escipión contra los numantinos sublevados, que, sitiados y agotados, se matan entre ellos en lugar de rendirse. En la primera parte, el adivino Marquino hace salir a un muerto de su tumba para enterarse por él de la suerte que ha corrido la ciudad.

lladas por sus maridos, por más que el pan que traiga al hambriento esté embebido en sangre, el sentimiento que inspira su presencia no es el horror. Porque aquellos que le pertenecen (y pertenecen de este modo al frenesí), hacen revivir bajo nuestros ojos toda la humanidad perdida, el mundo de verdad y de pasión inmediata cuya nostalgia no cesa. Y es imposible disociar una figura profundamente compuesta y ligada. Del mismo modo que los romanos dirigidos por la implacable autoridad de un jefe son asociados a la gloria del sol, del mismo modo los numantinos SIN JEFE se ubican en la región de la Noche y de la Tierra, en la región hechizada por los fantasmas de la Madre-Tragedia. Y es en la medida en que la agonía y la muerte entran en la ciudad que dicha ciudad se convierte en la imagen de todo lo que, en el mundo, puede exigir un amor total; es en la medida en que muere que toda la nostalgia del mundo perdido se puede expresar ahora a través del único nombre de NUMANCIA.

“¡NUMANCIA! ¡LIBERTAD!”⁹

Lo grandioso en la tragedia de Numancia es que uno asiste no solamente a la muerte de cierto número de hombres sino a la entrada de la ciudad entera en la muerte: no son individuos, es un pueblo el que agoniza. Esto es lo que debe repeler y, en principio, convertir a Numancia en inaccesible, porque el juego que el destino aplica a los hombres no puede aparecer ante la mayoría más que bajo los aspectos brillantes y coloridos de la existencia individual.

Por otra parte, lo que se hace presente actualmente en el espíritu si se habla de existencia colectiva es lo más pobre que uno puede imaginar, y ninguna representación puede ser más desconcertante que aquella que ofrece a la muerte como objeto fundamental de la actividad común de los hombres, la muerte y no el alimen-

9. “¡Numancia! ¡Libertad!” es el grito de guerra de los sitiados exasperados.

to o la producción de medios de producción. Sin duda tal representación se apoya en el conjunto de la práctica religiosa de todos los tiempos, pero predominó el hábito de considerar la realidad de la religión como una realidad superficial. Lo que en la existencia de una comunidad es trágicamente religioso, lo que se abraza formalmente con la muerte, se convirtió en lo más ajeno a los hombres. Nadie piensa ya que la realidad de una vida en común —lo que equivale a decir “de la existencia humana”—, dependa de la puesta en común de los terrores nocturnos y de esa suerte de crispación extática que expande la muerte. De este modo la verdad de Numancia es incluso más difícil de capturar que la de la tragedia individual. Es la verdad religiosa, es decir, en principio, lo que rechaza la inercia de los hombres que viven hoy.

La idea de patria —que interviene como componente de la acción dramática— no tiene más que una significación exterior si se la compara con esta verdad religiosa. Cualesquiera sean las apariencias, los símbolos que presiden las emociones no están entre aquellos que sirven para representar o para mantener la existencia militar de un pueblo. La existencia militar excluye incluso toda dramatización de ese tipo. Se funda sobre una negación brutal de toda significación profunda de la muerte y, si utiliza cadáveres, es para hacer caminar a sus vivos más erguidos. La representación más trágica que conoce es el desfile y, a partir de que excluye toda depresión posible, es incapaz de fundar la vida común sobre la tragedia de la angustia. En este sentido la patria, condenada siempre a asimilar la brutal pobreza militar, lejos está de ser suficiente la unidad comunal de los hombres. Se puede convertir, en algunos casos, en una fuerza de atracción que destruye las demás posibilidades, pero al estar esencialmente compuesta de fuerza armada, no puede dar a quienes sienten su atracción nada que responda a los grandes deseos humanos: porque subordina *todo* a una utilidad particular, debe, por el contrario, hacer entrar a sus amantes, apenas seducidos, en el mundo inhumano y totalmente alienado de los cuarteles, las prisiones y las administraciones militares. En el transcurso de la crisis que oprime actualmente la existencia, la

patria representa incluso el obstáculo más grave a esta unidad de la vida que —es preciso decirlo con fuerza— no se puede fundar más que sobre una conciencia común de lo que es la existencia profunda: juego emocional y desgarrado de la vida con la muerte.

Numancia, que no es otra cosa que la expresión atroz de este juego, no podía entonces adquirir más sentido para la patria que para el individuo que sufre solo. Ahora bien, *Numancia* adquirió de hecho, para quienes asistieron al espectáculo, un sentido que no concernía ni al drama individual ni al sentimiento nacional, sino a la pasión política. La representación se hizo en ocasión de la guerra de España. He aquí una paradoja evidente y es posible que tal confusión tenga también nulas consecuencias, como la confusión de los habitantes de Zaragoza al representar la tragedia durante un sitio. *Numancia* se representa hoy no sólo en París sino en España, en las iglesias quemadas, y sin otra decoración más que las huellas del incendio, y sin otros actores más que milicianos rojos. Los temas fundamentales de una existencia remota, los temas mitológicos crueles e inalterados que fueron desarrollados por la tragedia, ¿no son acaso, sin embargo, tan ajenos al espíritu político como al espíritu militar?

Si tuviéramos que atenernos a las apariencias inmediatas, la respuesta debería ser afirmativa. No solamente a un político, de cualquier partido que sea, le repugna la consideración de las realidades profundas, sino que ha aceptado, de una vez por todas, el juego de las alteraciones y compromisos que hacen posibles combinaciones precarias de fuerza, e imposible la formación de una verdadera comunidad de sentimiento.

Además, entre las diversas oposiciones convulsivas de la historia, la que desgarrar actualmente al conjunto de los países civilizados, la oposición entre el antifascismo y el fascismo, parece la más viciada. La comedia que —bajo el color de democracia— opone el cesarismo soviético al cesarismo alemán, muestra qué tráficos bastan a una masa cercada por la miseria y a merced de quienes la adulan con bajeza.

Existe sin embargo una realidad que, detrás de esta fachada, atañe a los secretos más profundos de la existencia; solamente es ne-

cesario a quien quiera entrar en esta realidad tomar del revés lo que está admitido. Si la imagen de Numancia expresa la grandeza del pueblo en lucha contra la opresión de los poderosos, revela al mismo tiempo que la lucha que se sostiene actualmente carece en la mayor parte de los casos de toda grandeza: el movimiento antifascista, comparado con Numancia, parece una multitud vacía, una vasta descomposición de hombres que no se vinculan más que por el rechazo.

Hay sólo ilusión y facilismo en el hecho de estimar a Numancia porque uno ve en ella la expresión de la lucha actual. Pero la tragedia introduce en el mundo de la política una evidencia: que el combate emprendido no cobrará sentido y no se volverá eficaz sino en la medida en que la miseria fascista encuentre frente a ella algo más que una negación agitada: la comunidad de sentimiento cuya imagen es Numancia.

El principio de esta transvaloración se expresa en términos simples. A LA UNIDAD CESARIANA QUE FUNDA UN JEFE SE OPONE LA COMUNIDAD SIN JEFE UNIDA POR LA IMAGEN OBSESIVA DE UNA TRAGEDIA. La vida exige que hombres se reúnan, y los hombres no se reúnen más que gracias a un jefe o una tragedia. Buscar la comunidad humana SIN CABEZA es buscar la tragedia: la ejecución del jefe es en sí misma tragedia; sigue siendo exigencia de tragedia. Una verdad que cambiará el aspecto de las cosas humanas comienza aquí: EL ELEMENTO EMOCIONAL QUE DA UN VALOR OBSESIVO A LA EXISTENCIA COMÚN ES LA MUERTE.

LOS MISTERIOS DIONISÍACOS

Esta verdad "dionisíaca" no puede ser objeto de propaganda. Y como por su propio movimiento convoca al poder, otorga sentido a la idea de una organización que gravita alrededor de los misterios profundos.

Aquí misterio no tiene nada en común con un esoterismo vulgar: se trata de verdades que desgarran, que absorben a aquellos a

quienes se les aparecen, mientras que la masa humana no las busca e incluso está animada por un movimiento que las aleja. El movimiento de desintegración de esta masa sólo puede ser compensado, con una disimulada lentitud, por aquello que gravite nuevamente alrededor de figuras de muerte.

Solamente en esta dirección abierta, en la que todo desconcierta al límite de la embriaguez, las afirmaciones paradójicas de Sade dejan de ser, para quien las admite, sarcasmo y juicio implacable.

Qué puede significar para los hombres que no quieren entrar en un camino consecuente y difícil esta frase:

"Una nación ya vieja y corrompida que sacudiera con coraje el yugo de su gobierno monárquico para adoptar uno republicano, no podría sostenerse sino por medio de crímenes, porque está ya en el crimen..."

O incluso:

"De esos primeros principios se desprende... la necesidad de hacer leyes blandas y sobre todo de aniquilar para siempre la atrocidad de la pena de muerte, porque la ley, fría por sí misma, no podría ser accesible a las pasiones que pueden legitimar en el hombre la cruel acción del asesinato."

Y éstas no son más que las afirmaciones menos claramente inhumanas de Sade. ¿Cómo su doctrina de sangre podría tener un sentido para aquel que, encontrándola justa, no la viviera en el temblor? Porque "matar por placer" no sería más que una provocación literaria y la más inadmisibles expresión de la hipocresía si la conciencia no se viera llevada por ello a un grado de extrema lucidez. La conciencia de que el placer de matar es la verdad cargada de horror de aquél que no mata no puede permanecer ni oscura ni tranquila y hace entrar a la existencia dentro del mundo inverosímilmente helado en donde se desgarran.

¿Qué podría significar, por otra parte, el hecho de que, durante varios años, algunos hombres entre los más dotados **hayan**

hecho méritos para quebrar su inteligencia en pedazos, creyendo que por ello harían saltar en pedazos la inteligencia misma? Dadá es visto generalmente como un fracaso sin consecuencia mientras que, para otros, se convierte en la risa que libera, una revelación que transfigura al ser humano.

Y en cuanto a las lejanías insondables de Nietzsche, ¿no llegó acaso la hora de pedir cuentas a quienes asumieron la tarea de hacer de ellas el objeto de una curiosidad ecléctica? Muchas realidades dependen de la ley del todo o *nada*. Así ocurre con Nietzsche. Los *Ejercicios* de San Ignacio no serían *nada* si no fueran meditados en el mayor silencio frente a todo el resto (y, meditados, son una prisión sin salida). Lo que Nietzsche quebró no se puede abrir más que a quienes son llevados hacia adelante por la necesidad de romper; con respecto a los otros, hacen de Nietzsche lo que hacen con todo: para ellos nada tiene sentido, descomponen todo lo que tocan. Es la ley del tiempo presente que cualquier hombre sea incapaz de pensar, y que esté atrapado en todos los sentidos por ocupaciones completamente serviles que lo vacían de su realidad. Pero la existencia de ese hombre cualquiera terminará por convertirse en polvo, y dejará un día de asombrarse de que un ser vivo no lo mire como el último límite de las cosas.

LAS VIRTUDES DIONISIÁCAS

Roger Caillois

Parece que en la medida precisa en que el espíritu se impone una disciplina muy estrecha y leyes *al menos muy severas*, debe llevar una cuenta equivalente de los excesos, y perturbarse por su existencia misma, porque nunca tiene certeza de no experimentar por ellos tentación o remordimiento. Puede, en privado, mantenerse constantemente en el límite y conservar siempre el control más exacto de sus anticipaciones instintivas o, en público, restringir el ejercicio de sus facultades a la formulación de evidencias y no pagar más que lo expresable y lo definido, no avanzar más que en el terreno completamente conquistado, asimilado, y no proponer nada que no se pueda justificar y que no sea parte inalienable del sistema. El poder que dicha austeridad procura al espíritu que la adopta es propiamente, por derecho, sin medida. En efecto, este espíritu adquiere para sí gracias a ella una cohesión tal que se convierte en inexpugnable, a la manera de un ejército en el que cada elemento táctico, en cada punto, se beneficia de la fuerza indivisa de la totalidad de los efectivos. No deja por ello de sentir la constante sollicitación de los excesos. Todavía más, un espíritu tan

NOTAS SOBRE LA FUNDACIÓN DE UN COLEGIO DE SOCIOLOGÍA¹

1. Desde el momento en que atribuimos una importancia particular al estudio de las estructuras sociales, percibimos que los escasos resultados adquiridos por la ciencia en este dominio no sólo son ignorados en general, sino que además están en directa contradicción con las ideas en curso sobre estos temas. Estos resultados, tal como se presentan, parecen extremadamente prometedores y abren perspectivas insospechadas para el estudio del comportamiento del ser humano. Pero siguen siendo tímidos e incompletos, por un lado porque la ciencia se limitó demasiado al análisis de las estructuras de las sociedades llamadas primitivas, dejando de lado las sociedades modernas; por el otro, porque los descubrimientos realizados no modificaron tan profundamente como se habría podido esperar los

1. Esta declaración fue redactada en el mes de marzo de 1937. La actividad de este Colegio comenzará en octubre: comprenderá de entrada una enseñanza teórica bajo la forma de conferencias semanales. La correspondencia debe ser dirigida provisoriamente a Georges Bataille, 76 bis, rue de Rennes.

postulados y el espíritu de la investigación. Parece incluso que obstáculos de naturaleza particular se oponen al desarrollo de un conocimiento de los elementos vitales de la sociedad: el carácter necesariamente contagioso y *activista* de las representaciones que el trabajo muestra parece ser responsable de ello.

2. De ello se sigue que existe espacio como para desarrollar, entre aquellos que emprenden la prosecución de las investigaciones en este sentido tan lejos como sea posible, una comunidad moral, en parte diferente de la que reúne habitualmente a los sabios, y que esté ligada precisamente al carácter virulento del dominio estudiado y de las determinaciones que poco a poco se revelan en él.

Esta comunidad no tendrá acceso más restringido que el de la ciencia constituida, y toda persona puede aportar en ella su punto de vista personal, sin miramientos para con la preocupación particular que la lleve a tomar un conocimiento más preciso de los aspectos esenciales de la existencia social. Cualesquiera sean su origen y su finalidad, se considera que esta preocupación es suficiente por sí misma para fundar los lazos necesarios propios de la acción en común.

3. El objeto preciso de la actividad emprendida puede recibir el nombre de *sociología sagrada* en tanto que implica el estudio de la existencia social en todas sus manifestaciones en donde se haga presente la presencia activa de lo sagrado. Se propone de este modo establecer los puntos de coincidencia entre las tendencias obsesivas fundamentales de la psicología individual y las estructuras rectoras que presiden la organización social y dirigen sus revoluciones.

Georges Ambrosino, Georges Bataille,
Roger Caillois, Pierre Klossowski,
Pierre Libra, Jules Monnerot